



STEVE SEM-SANDBERG
EL OCÉANO

UN RELATO EN TORNO A LA ESTANCIA
DEL FILÓSOFO JEAN-JACQUES ROUSSEAU
EN LA ISLA DE SAN PEDRO, EN EL LAGO DE BIENNE,
REPÚBLICA DE BERNÁ, ENTRE EL 9 DE SEPTIEMBRE
Y EL 24 DE OCTUBRE DE 1765

Traducción del sueco a cargo de Carmen Montes Cano

IMPEDIMENTA

Ha dedicado la mañana entera a rastrear desde el agua la porción de la orilla occidental de la isla que ayer fue marcando a pie. Ahí crecen los sauces altos y espesos, llegan tan lejos sobre la superficie del agua que sus largas ramificaciones apenas quedan ya sobre la tierra. Para poder pasar entre ellas, tiene que tumbarse en el bote y, ayudándose del bastón extendido, ir apartando las ramas salientes o quebradas que cuelgan muy bajas. La luz en esa cripta ramosa es turbia, cargada de fango y de un polen denso que se ha secado y se ha adherido blanquecino sobre tocones de alisos muertos, en vías de putrefacción, y de ramas que un día quebró el viento y se quedaron ahí caídas, grises sobre la negrura del agua y el frondoso verdor. Allí dentro crecen lirios amarillos a cuyos racimos de flores substituyeron, hace ya, las altas vainas seminales de color ocre, como erecciones florecidas de caléndula acuática. Los ranúnculos crecen más arriba, en la escarpada orilla. En el interior de la isla todo está cultivado y transitado tiempo ha, pero aquí abajo, en la parte que se encuentra más cerca del agua, no se advierte rastro de presencia humana por ninguna parte. Y hace calor.

Los insectos le recorren las comisuras de los labios y de los ojos, y tiene que apartarlos con la manga de la levita. El movimiento hace que el bote se balancee bajo su peso. El oleaje aparta la rama de la que quiere echar mano y tiene que estirarse más aún para poder cortar la juncia con las tijeras. Después, ha de sentarse y desplazarse hacia la borda para que el bote deje de bambolearse. En todo caso, ha sido una mañana estupenda por ahora. Ya tiene la embarcación llena.

Hacia mediodía deja que la corriente lo lleve otra vez hacia aguas abiertas. El cielo está alto, pero cubierto de una fina bruma, una luz velada que no arroja sombras. Sin embargo, el chapoteo del agua a lo largo de los costados no es inocente, como tampoco lo es la luz, y no acaba de echar mano del remo para poner rumbo a casa cuando vuelve el apremio de las ganas de orinar. Hace como cuando era niño y le dolía algo: se encoge, se pone de costado, se tumba boca arriba otra vez, como si fuera posible evitar el dolor cambiando de postura continuamente. Y en ese mismo instante, igual que cuando era niño, aparecen para juzgarlo aquellos seres vestidos de blanco. Son cuatro en número, a veces más; llevan vestiduras talaras de color blanco y la cabeza cubierta con capuchas blancas, y para golpearlo usan largos bastones de madera. El dolor le cubre el rostro de un sudor frío, le tiembla todo el cuerpo. Habría dado cualquier cosa por tener a mano los catéteres para así dejar salir el líquido, aunque fuera sufriendo el más agudo de los dolores.

En ese momento, oye que dicen desde la isla:

Monsieur, Monsieur!

El niño corre de un lado a otro de la orilla con las manos extendidas. Parece que estuviera manteniendo el bote allí amarrado con un cabo invisible. Es consciente de lo absurdo que debe de parecer desde la perspectiva del niño: un bote lleno de tallos herbáceos y ramas cortadas navegando sin remero, abandonado a su suerte. Se incorpora con cierto esfuerzo del fondo del bote y agita el brazo, despachándolo o llamándolo, a saber

cómo interpretarlo, y acto seguido empieza a virar el bote para poner rumbo a tierra.

El niño es el hijo del recaudador, en ese momento no quiere venirle a la cabeza su nombre. Apenas ha llevado el bote a la playa cuando se agarra a la borda con las manos y toma impulso para salir. Solo asoma la punta de la nariz por encima de los nudillos blancos: unos ojos azules llenos de curiosidad, orejas de soplillo y el pelo oscuro y abundante. No puede por menos de pensar que hay algo raro en el comportamiento persistente del niño. A pesar de que exige una contestación, no se le ve muy dispuesto a aprender. No parece retener nada de lo que se le dice, lo que no le impide volver a reclamar enseguida la atención del entorno y exigir nuevas respuestas a sus preguntas.

El muchacho le ha ido detrás desde que empezó a explorar la isla. Por lo general, va con sus dos hermanos menores, que son de talante mucho más tranquilo, guiados por su preceptor, monsieur Moulin, un joven larguirucho que viste camisa de seda y chaleco bordado, que se presenta allí en barco por la mañana temprano y al que a menudo ven andando con los niños en una suerte de pose docente, algo inclinado hacia delante, con un libro en la mano. Ya el primer día en la isla, cuando acababa de empezar a delimitar la zona de la costa occidental que tenía intención de investigar, oyó el rumor de las hojas y las ramas al partirse a su espalda, y los niños no tardaron en asomar con descaro sus cabezas por entre el follaje. Monsieur Moulin no iba más de dos pasos por detrás. El preceptor empezó a reñir a los niños en voz alta, con lo que solo consiguió perturbar aún más su concentración, claro está. Como si fuera una persona de importancia y rango significativo, el tal Moulin insistió además en presentarse, y se inclinó hasta el punto de que casi parecía que fuera a caerse de boca. Es para mí un honor inimaginable, monsieur Rousseau. Jamás en la vida creí que llegaría a contemplar su excelente persona con mis propios

ojos. Seguro que el preceptor estaba al tanto de los rumores. Como todos los habitantes de la isla, aunque sabían que no era el momento adecuado para demostrarlo.

¿Por qué lleva esa ropa tan rara?, se oyó resollar al niño desde detrás.

Y antes de que monsieur Moulin lograra cerrarle la boca:

¿Es verdad lo que dice usted, monsieur Moulin, es verdad que así es como viste el diablo?

El preceptor le atizó un revés rápido en la boca con el dorso de la mano, pero el niño apenas reaccionó; se limitó a sonreír triunfante, como si el guantazo le hubiera confirmado lo que él ya sospechaba.

¿Me prestará luego el ojo de cristal?, le dice. «Ojo de cristal» es como llama a la lupa que Rousseau lleva colgada al cuello de un cordel para observar con ella las plantas.

Desde el muelle que hay junto al viejo monasterio, un barco abandona la isla. No se encuentra tan lejos como para no oír las voces del peón de la granja y del hombre que vigila el tráfico naviero que sale y entra en el muelle. Ya se ve cómo se desliza el barco hacia el resto de luz solar reflejada en la superficie del agua. Es una suerte de balandra, pero sopla tan poco viento que las velas cuelgan mustias. Alguien grita una orden a bordo, y enseguida se oye el rítmico chirrido de los remos en los escámos. Trata de ver si hay a bordo alguien a quien conozca, pero al contraluz todo se ve negro como la pez: el barco, la vela, los pasajeros que están allí de pie apiñados. Solo distingue el contorno de los cuerpos, que se mueven unos alrededor de otros de un modo que parece casi ritual, como una danza, un juego de sombras.

Juntos recorren el largo camino polvoriento hasta el viejo edificio del monasterio. El niño va corriendo delante con la lupa en la mano. Enfoca el cristal hacia todo lo que encuentra: el

travesaño de una verja, la grava del suelo, la pluma del ala que ha perdido un ave y que se ha quedado prendida de un arbusto a la orilla del camino, todo ello mientras habla y gesticula sin parar. Seguramente, cree que va conversando con aquel filósofo tocado por el demonio, pero en el fondo solo se entretiene a sí mismo, tal como hacen los niños.

Por lo que al filósofo se refiere, camina aquejado de un dolor sordo en el estómago, y le escuecen mucho la cara y el cuello, como si hubiera sufrido la picadura de un montón de insectos o tuviera el rostro chamuscado por el exceso de sol. Se hace sombra con la mano en la frente y mira al cielo. Detrás de la bruma blanca que lo cubre desde el alba, va creciendo un tono más oscuro. Un viento frío entra procedente del lago, hace temblar los álamos que bordean el camino y que se tornen grises las hojas del sauce. Procura mantenerse a cierta distancia del niño, para que no note el olor a orines que despiden. Los niños son como los animales: todo pueden localizarlo por el olfato. Pero el niño está absorto en el juego con la lupa y no advierte nada hasta que una de las niñeras —también ha olvidado su nombre— llega corriendo desde lo alto de la granja con el delantal aleteando al viento.

¿Dónde estabas, Christophe?, le grita al niño. ¿No te he dicho que no te alejes de aquí?!

Y a él —el rostro de la joven pasa de inmediato de la ira a una dulzura meliflua, zalamera—: Monsieur, le pedí que le avisara de que tiene visita. Luego agarra al niño de la nuca y lo conduce con paso firme hacia el monasterio. Alcanzan a recorrer un trecho ladera arriba cuando el niño se suelta, se da media vuelta y corre a devolverle la lupa. Muchas gracias por prestármela, le dice con una sonrisa que se le extiende por toda la cara.

Thérèse lo recibe en la galería de la entrada, en la escalera que sube al cuarto de los dos. Él sabe que tiene un aspecto horrible, y trata de disimularlo con un tono desenfadado.

Ella no se deja ablandar.

Unas personas han venido a verte, le dice.

Él le pregunta quiénes, pero, naturalmente, eso ella no se lo dice. Un grupo de gente. Cuatro personas. Se empeña en no recordar nunca los nombres, porque sabe que él se indigna cada vez que le traen a la memoria a alguien a quien conoce y a quien, por una razón u otra, ha tomado ojeriza. En esos casos, le vale más fingir que se le ha olvidado el nombre, aunque él está seguro de que, sagaz y discreta como es, se cuida muy bien de memorizar todos y cada uno de ellos.

Pero ¿qué aspecto traes!, dice Thérèse, y se lo lleva al dormitorio. Tiene a su disposición toda una botica casera, y le aplica en la cara diversos ungüentos y cremas. Luego le ayuda a quitarse la ropa y la cuelga sobre la estufa, donde chisporrotea sonoramente el fuego que ha encendido. Le pregunta si quiere que le ayude también con *los esquejes*. «Esquejes» es como ella llama a los catéteres, las varillas enceradas que el doctor Daran le proporcionó en su día para que se los introdujera por el pene y pudiera así ampliar la uretra, pero cada vez que lo hace es una lucha entre el dolor que le provoca la operación y los espasmos que le causa la vejiga repleta cuando, en el mejor de los casos, la orina logra salir. Siente que tiene que estar preparado para el dolor, ser *digno* de él (en esos términos se lo plantea), y no es ese el caso en estos momentos. Ha sido un día largo, y el encuentro con el niño lo ha puesto de un humor extraño. Se siente eufórico y angustiado a un tiempo, vagamente consciente de que ha faltado a su responsabilidad de disciplina. Además, ya se lo hizo en el barco. Al final siempre llega un punto en que el sufrimiento lo supera y entonces ya no importa si se siente reforzado, dispuesto o *digno*.

Pero Thérèse está acostumbrada. Cuando le pone los catéteres, siempre lo hace con sumo cuidado, le sujeta el pene encogido como si fuera un animal aterrado en la calidez de su mano y nunca le tiemblan los dedos ni le tiembla el pulso.

Come lo que Thérèse ha preparado para él, y acompaña los alimentos con un poco de leche recién ordeñada aún tibia que le han llevado del cobertizo en una lechera. Ha dejado de preguntar por la visita. Ya lo informarán llegado el momento. A esas alturas, la mayoría de quienes quieren ponerse en contacto con él están demasiado nerviosos para hacerlo en persona. Envían emisarios que, como es lógico, no tienen nada que decir; se limitan a adularlo y a pavonearse, le preguntan por la salud, alaban alguna que otra de sus obras, que dicen haber leído, aunque en realidad no han leído nada, no han entendido nada, no hacen más que ocupar su tiempo con deseos estériles de prosperidad que le envían personas que ni remotamente velan por su salud ni por su prosperidad, sino que solo quieren saber cómo se encuentra aquel desterrado, y cartearse con él es algo que los autoproclamados benefactores tampoco quieren hacer, puesto que temen que, más adelante, alguna de sus palabras se vuelva contra ellos.

Después de comer, Thérèse abre la ventana para ventilar el denso olor a fragmentos de plantas en estado de putrefacción y a cera

derretida, que resulta más penoso si cabe ahora, por la tarde, cuando el sol aprieta; él sube el tramo de escaleras hasta el dormitorio y se tumba en la cama bajo el baldaquino azul. Fuera van y vienen el griterío y las voces de los chiquillos que juegan en la calle. Él intenta distinguir la voz del niño. Por lo general, siempre suena más alta y más chillona que las de los demás, pero si ahora se encuentra entre ellas, la habrá absorbido el bullicio que los rodea. Se centra, pues, en repasar mentalmente la cosecha del día, un espécimen tras otro. Solo para inventariar superficialmente los lugares con vegetación que ha elegido necesitaría otros seis meses por lo menos. Ya es septiembre. Con un poco de suerte, podrá seguir recolectando plantas otras seis u ocho semanas, tal vez, pero, en el peor de los casos, la escarcha llegará mucho antes, y ya ha empezado a preocuparle la idea de a qué se va a dedicar en los largos meses de invierno que están por venir. Los libros y los manuscritos que Thérèse se trajo después de la apresurada y humillante huida de Môtiers no piensa abrirlos más, a excepción de las obras que precisa para la herborización diaria. Para conseguir un catálogo completo de la comunidad vegetal de la isla, que es lo que él desearía, tendría que estudiarla a lo largo de todas las fases del año. ¿Podrá contar con tanto tiempo? No se atreve a abrigar esa esperanza.

Si algo ha quedado claro tras la larga excursión de hoy es hasta qué punto es rica la flora de la isla. ¿Y si se lanzara a pintar algunas iluminaciones? Pero ¿tiene la habilidad precisa para ello? En las hondas cuevas de la playa donde la vegetación ha tejido abovedados techos de fronda, cada rama y cada cáliz cuelgan temblorosos con su propia luz, una luz tan rica en matices que ningún pigmento en el mundo podría hacerle justicia.

«No poseo ningún talento artístico, pero si me permiten que pase aquí el invierno, encontraré con qué entretenerme», le escribe a su amigo Alexandre du Peyrou, que vive en Neuchâtel. «He recogido varios tallos que me gustaría iluminar, pero es crucial que los colores sean los que son.»

Le adjunta una lista de lo que precisa. Aparte de pinceles de diversa forma y tipo: tinta china, goma de acacia, papel secante, barniz. Y los colores, claro: no pueden ser demasiado grasos y tienen que poder diluirse un poco sin que queden demasiado aguados. Azul de Prusia. Cardenillo. Amarillo de París. *Vert-de-Brunswick*. ¿No es ese el tono que llaman verde malaquita?

De pronto, vuelve a pensar en el niño. Se pregunta si le pasará algo, puesto que es tan insistente y tan precoz, y tan inasequible a las reprimendas, al parecer. ¿Será porque no ha completado aún el desarrollo de los sentidos? Comprende perfectamente que para sus padres debe de ser un trastorno.

En la penumbra, el cuarto que hay debajo del tramo de escalera parece como si se hubiera desgajado de las demás habitaciones de la vivienda y estuviera flotando por encima de su propio suelo. En sus sueños, la cama en la que está tumbado se convierte en el bote, que ahora está hundido en el agua hasta el borde. Cuando extiende los brazos a lo largo del cuerpo no es capaz de distinguir si lo que está tocando es su propia orina o solo el agua tibia del lago. El cielo es el mismo, traspasado de luz pero inmóvil, sin sombras. Aunque ahora es como si hubiera aparecido delante otro cielo. Tiene el mismo color grisáceo, pero es más duro, como una cúpula de piedra, y de pronto se da cuenta de que no está durmiendo, sino que está muerto, que el cielo es una máscara de muerte que le han puesto en la cara y que por eso le arde y le escuece tanto la piel. Lo que no deja de ser extraño, pese a todo, porque si estuviera muerto, no podría oír las voces y los gritos de los niños que están jugando en los jardines del monasterio, ¿verdad? Oye a su alrededor el chapoteo del agua que se derrama por la borda, pero también la que hay en el suelo. El agua le roza los sobacos y el cuello y le chorrea con un cosquilleo entre el pliegue del codo y por los nudillos. Tras la repulsión inicial existe, pese a todo, un placer absorbente y enfermizo en el hecho de reposar sin más en esa calidez corporal,

dejarse sumergir en la propia orina. Con mucho esfuerzo, se agarra al borde con las manos y se incorpora en la barca ya casi totalmente inundada. Por encima del hombro ve cómo un ribete de agua se arrastra por la baja orilla y lo sigue paso a paso. Arriba, muy alto, las aves salen de los árboles y se ven arrastradas hacia el cielo como si estuvieran enlazadas por una red enorme. El cielo asolanado se ha oscurecido más aún, los sonidos han adquirido hondos ecos de resonancias. Ha subido de nuevo hasta el edificio del monasterio. Es la segunda vez que recorre ese tramo hoy, y se le hace pesado. Cada vez que se vuelve a mirar ve que el agua le pisa los talones. Por un momento, se queda parado delante de la cabaña del guardabosques. Por el borde de un pozo de aguas superficiales cubierto con una tapa cuadrada de madera con un listón claveteado sale el agua en cascadas movidas por un impulso espontáneo. Ve cómo se eleva la tapa del pozo, como si ya no pudiera resistir la presión del agua. La tapa sale disparada hacia un lado, pero lo que sube no es agua, sino la cabeza y el torso de un monstruo gigantesco. El monstruo tiene la piel basta y escamosa de una serpiente, pero está informe y grisácea de tanta agua, como si nunca la hubieran alcanzado los rayos del sol. El cuerpo en sí es fuerte, redondo, flexible y coronado por una cabeza mucho más grande que la de una serpiente, ancha como un martillo y con un extraño aplanamiento. Apenas ha alcanzado a hacerse una idea de cuál será la procedencia de ese ser tan repugnante, cuando lo ve desplegarse en toda su espantosa longitud. Mantiene la cabeza alta y los ojos oblicuos de serpiente se clavan en los suyos. El agua, que no deja de zozobrar del pozo, le alcanza ya las pantorrillas. Retrocede, trata de llegar a un terreno más seco. Pero el Monstruo lo sigue. Ahora, enroscado en el pedregoso camino, no resulta tan repugnante. Pero se mueve con una rapidez sorprendente. Cuando comprende que no tiene forma de librarse lo golpea con el bastón, golpea el escamoso cuerpo y la ancha cabeza aplanada, que se eleva y parece ponerse rígida con

cada golpe. El Monstruo está ya casi a su altura, clavando su intensa mirada en la de él, y nota que una pesadez le sube por dentro, una pesadez que le arrebató toda la fuerza de voluntad y todo el poder, de modo que al final pierde pie y cae, casi diría que de cabeza.

Se despierta con las manos agarradas a los largueros de la cama con la misma fuerza con que antes se agarró a la borda del barco, solo que sobre él no se alza ya más que la pálida cortina de seda azul del dosel. ¡Qué sueño tan espantoso! Una vez más, piensa en los que habían ido a buscarlo. ¿Sería el Monstruo del sueño un presagio? ¿O quizá una advertencia de su llegada? Thérèse le había dicho que los visitantes eran cuatro. ¿Acaso fueron a avisarle de que debía huir otra vez, de que el refugio que había encontrado en la isla solo era transitorio, a pesar de lo mucho que le habían garantizado lo contrario? Se le va el pensamiento a la huida de Montmorency, tres años atrás. También en aquella ocasión fue el último en comprenderlo. A pesar de que la decisión de que debía ser detenido y encerrado en prisión se había adoptado tiempo atrás en el parlamento, confió ciegamente en quienes le dijeron que lo protegerían a cualquier precio. Por el camino, en el carruaje que el mariscal de Luxemburgo le procuró en el último instante, se cruzó con los cuatro gendarmes que habían viajado desde París para arrestarlo. Jamás olvidará esa estampa. Puede parecer que sí, pero en el fondo al que huye no se le da nunca ningún respiro. Más vale estar siempre alerta.

*

Es posible hablar con los que duermen. Aunque no se despierten, perciben nuestra voz y obedecen nuestras órdenes. Él siente a menudo que se pasa la vida si no durmiendo (es una persona que duerme poquísimo), al menos en una suerte de sopor del alma o del pensamiento. En ese estado se vuelve de